

Relatos vitales: Hacia una historia total

PATRICIA PONCE JIMENEZ

40

Hace ya varios años que se argumentó la necesidad de abandonar la historia tradicional por un nuevo tipo de historia; se abandonó la narración épica y la epopeya de los héroes y de las fechas de un calendario supuestamente nacional, para poner acento en los procesos económicos, políticos y sociales, hubo menos interés en los asuntos de la cultura, el arte y la vida común y corriente.

Hacer una historia de un nuevo tipo es un acto de compromiso que no puede ignorar otro tipo de registros como la crónica, el testimonio, la historia y tradiciones orales, el mito, la música, el cuento, la novela, etc. Armado con todo esto debe intentarse cambiar, o más bien dicho, intentar mirar los hechos y los datos de otra manera, para acceder a otros niveles y dimensiones de la práctica social, es decir enfocar la historia de los pueblos a los que se les niega una historia con letras mayúsculas, a través de otros géneros que son formas de presentación y presencia del pasado en el mundo actual. Hacer la historia es un poco también abrirnos a percibir realidades que a veces solo intuimos vagamente, que no pueden ser encerradas en un cajón de historiador, sino que pertenecen a capas profundas, al tejido de las raíces del proceso histórico que les da origen, la historia es finalmente un acontecer no solo en el tiempo y el espacio, sino dentro de un horizonte cultural y subjetivo.

Historia y poder

Hoy como ayer, historiar los procesos socioeconómicos y culturales de pueblos y comunidades pareciera ser una empresa con poco futuro, debido fundamentalmente a que se opone a una lógica de escribir y contar una historia nacional que tiene profundos compromisos con el poder.

Solo la historia en su perspectiva regional y local nos puede situar en un camino correcto para conocer la lógica y la dialéctica del proceso formativo de nuestro país y sus culturas, con lo

cual oponerse a esa fuerte tendencia manifiesta en la historia oficial caracterizada por su apego a un esquema centralista y unilineal.

En la historiografía que nos ha sido contada en las escuelas, la historia regional y local no ha tenido un solo espacio que le permita destacar esa carga correspondiente de fenómenos específicos que enriquecen no solo el estudio, sino la comprensión cabal de la misma historia en su dimensión nacional.

"La historia centralista y unilineal no únicamente ignora la estructura de las regiones y sus correspondientes procesos formativos y de desarrollo, sino que su misma condición no le permite en ningún caso comprender la dinámica de las relaciones sociales y explicar sus variados fenómenos y tendencias".

La sociedad y culturas nacionales solo pueden entenderse en la medida que se considere la existencia de regiones, pueblos y comunidades con historias particulares y una diversidad cultural presentes en su realidad contemporánea. Dicho sea de paso, ese México plural no puede reconocerse ni entenderse como nación si no lo consideramos el resultado y la materia activa de un proceso histórico, donde sus múltiples dimensiones constituyen rasgos alternos de continuidad y discontinuidad, homogeneidad y heterogeneidad, síntesis contemporánea de una unidad geográfico-social construida de lo diverso aun en sus fenómenos más simples.

"El poder y sus mecanismos reproductores se nutren de generalizaciones y condensa los fenómenos sociales en una periodización de etapas rígidas que justifiquen su ascenso y su vocación de dominio en la historia. Esta historiografía homogénea desplazó de las fuentes escritas a las historias particulares y a la *propia voz de sus protagonistas*. Creó así, un segmento de "gente sin historia".

Afortunadamente esa voz no muere, busca en cambio formas de persistir, se cobija en la tradición oral, la música, la leyenda, la novela, el cuento, los refranes y en la misma vida anónima de millones de individuos. La ausencia de documentos y registros no debe ser tomada como obstáculo infranqueable en la investigación regional de pueblos y comunidades, solo constituye un pretexto para los abogados de la ciencia pura y neutral, para los servidores del poder.

Los antropólogos y sus prácticas

Los antropólogos frecuentemente han sido señalados por priorizar la interiorización de los fenómenos que investigan, soslayando una perspectiva global y de conexiones a mayores niveles. Ciertamente, en lo general, se destacan más efectos concretos que operan en sociedades, locales y la misma comunidad, que en estudios de macrocobertura. No obstante, son pocos los antropólogos en México que identifican o reconocen esto como un elemento definitorio de su práctica profesional; la mayoría se han visto arrastrados a la vorágine de producir estudios "macros", más económicos, más políticos, más sociológicos, más estéticos, menos propios.

Quizá valdría mucho la pena profundizar los esfuerzos sintetizadores y de búsqueda de nuevas líneas de trabajo, para poder centrar nuevamente uno de los rasgos específicos de la práctica antropológica. Partamos de considerar que los enfoques "micros" son importantes y que su desarrollo puede ayudarnos a conocer y explicar los más finos y complejos tejidos socioculturales que le han dado vida a la historia de nuestro país. La práctica de historizar regiones, pueblos y comunidades requiere -indiscutiblemente- de llevarse a cabo dentro de un parámetro que cruce la dimensión histórica y cotidiana con una teoría de la dinámica social general, dando como resultado un enfoque eminentemente social o dicho de otra manera: desarrollando una historia social "antropologizando" la historia y viceversa.

Es muy grato en estos confusos tiempos coincidir con el eminente historiador cubano Ramiro Guerra (Mudos Testigos, 1974) en quien *La Historia Social* tiene además de un valor propio un camino de su exclusiva incumbencia: la vida diaria de los habitantes de un país en una época determinada en el pasado. Así vista, la historia social comprende las relaciones humanas y económicas entre las diferentes clases: el carácter de la familia y la vida hogareña, las condiciones del trabajo y de los tiempos dedicados al ocio, la actitud del hombre frente a la naturaleza y, finalmente, todas las prácticas culturales generadas en la época como resultado de un proceso colectivo.

Para un auténtico y cabal desarrollo de la historia social no son suficientes los documentos de la historia escrita, resulta imprescindible el res-

cate de la voz de la "gente sin historia", que cuenten la historia de sus vidas.

Táctica y estrategia en los relatos de vida

En el bagaje instrumental del antropólogo yace una técnica un tanto olvidada, poco practicada y sí muy criticada: "las historias de vida". Esta técnica ha sido utilizada por sociólogos, psicólogos y antropólogos sociales; consiste básicamente en interiorizar la vida misma de seres humanos como autores y actores de su propia historia; esa historia que construyen a través de su actividad productiva y de las demás relaciones que despliegan viviendo en sociedad, en un proceso que combina la acción colectiva y las aportaciones particulares del individuo.

A través de los relatos de historias de vida afloran importantes rasgos de la historia a nivel regional y local, así como de las relaciones imperantes. La historia de vida intenta rescatar la vivencia personal dentro de la condición concreta de la actividad productiva; no se trata de hacer un estudio psicologista sino de investigar la vida personal sobre una base histórica y material, ya que la condición humana es heredera de una amplia y variada gama de experiencias sociales y culturales condicionadas y determinadas por relaciones de clase. No obstante, la conciencia de los actos del individuo en momentos históricos determinados no es homogénea- de ahí su enorme riqueza y complejidad- sino también es el resultado concreto de una auténtica experiencia personal. El vínculo existente y posible entre tales experiencias es la base material de lo que podríamos llamar identidad.

Miguel Barnet, etnólogo cubano, resume su experiencia con esta técnica (ligándola a la producción de la novela testimonio) de la siguiente manera:

"La expresión oral, multifacética, su riqueza conceptual, la cosmogonía del hombre cubano, me ha permitido acercarme a esa meta tan anhelada por todos: la identidad. Sin la fuente viva, la sencilla voz de los hombres 'sin historia' es imposible comprender, en toda su magnitud, nuestra realidad como nación". (La vida Real, Letras Cubanas, La Habana, 1986).

Barnet durante las dos últimas décadas ha desarrollado en Cuba un conjunto de obras que ha denominado Novela Testimonio, Relato Etnográfico o Novela Realidad. La característica central de este trabajo ha sido partir de relatos de vida, crear una auténtica historia social con el sello de un realismo novelado. Un paciente y arduo trabajo etnográfico ha sido articulado a un compromiso de reescribir la historia desde la perspectiva cotidiana, personal, profundamente comprometida con la voz popular: el resultado de

eso ha sido una nueva historia que se entiende y se disfruta.

Trabajar con los relatos de vida implica no solo precisar una metodología sino también una mística, un espíritu de búsqueda permanente, una preferencia por el trabajo de campo.

-Debemos proponernos desentrañar la realidad, rescatando los fenómenos que han dejado una profunda huella en la sensibilidad de un pueblo, narrándolos a través de la voz de sus protagonistas más idóneos.

-Los relatos de vida, como rescate etnográfico, deben contribuir al conocimiento de la realidad imprimiéndose, un sentido histórico. Conocer la realidad implica el autoconocimiento del individuo y de la colectividad, de ahí la importancia de dotar al lector de una conciencia de su tradición, de su historia, a través de un personaje que sea solo el punto de partida para conocer una época.

-La tarea del investigador en estos menesteres es descubrir lo intrínseco del fenómeno, sus verdaderas causas y efectos. El fenómeno histórico puede ser engañoso, a veces no presenta su cara más clara, la más sobresaliente: la otra cara queda encubierta por el valor de la ideología dominante. Descubrir con objetividad es una de las tareas más complicadas, de ahí la importancia de conocer primero y a fondo la época que nos ocupa, sus movimientos, cambios, atmósfera, para luego analizar a sus actores.

-El investigador debe despojarse de su individualidad para asumir la de su informante, la de la colectividad que representa; debe dejar que sea el entrevistado quien, con sus propios valores, enjuicie y represente a la época.

-Los relatos de vida son lenguaje hablado. A través del lenguaje se logra la comunicación humana, es el vehículo de la cultura. Trabajar con él requiere de extremo cuidado ya que el lenguaje no solo es la palabra sino la forma en que se dice, la gesticulación, el tono, el énfasis, la sintaxis; por eso hay que respetarlo siempre aunque nos parezca que no es muy convincente, ya que a través de esto conocemos aún más al personaje y su época.

Pero lo fundamental del lenguaje es que se apoya en la lengua hablada, solo así posee vida. La simple transcripción de los relatos no debe ser el fin último de nuestro trabajo, hay que reescribir la historia con la totalidad de los rasgos de identidad aprehendidos, utilizar la imaginación siempre y cuando ésta no lesione al personaje y no traicione su lenguaje. El investigador puede crear dentro de una esencia real.

Barnet concibe al investigador de relatos de vida, como el eslabón de larga cadena en la tradi-

ción de su país, que debe contribuir a articular la memoria colectiva, el nosotros y no el yo.

Para el mismo Barnet esta tarea investigadora no adolece de la ausencia de un método que define de la siguiente manera "...método es la práctica diaria, los procedimientos preestablecidos y hasta los improvisados, el carácter personal del investigador, sus relaciones con el informante, la manera de ver las cosas, es decir, el enfoque teórico y todos sus derivados, el uso de ciertos materiales técnicos y la paciencia..." (La Fuente Viva, Letras Cubanas, La Habana, 1983). Los pasos que propone para la realización de este tipo de investigaciones son los siguientes:

En primer lugar, es de suma importancia saber elegir, encontrar al personaje idóneo, éste debe ser representativo de una clase, de un pensamiento y haber vivido momentos históricos importantes y que hayan marcado la psicología de todo un conglomerado humano. Por otro lado y como condición necesaria, lograr la identidad entre investigador e informante. Esta identidad no se logra más que con la verdad, con un profundo sentimiento de solidaridad, donde el paternalismo, la benevolencia y la caridad no tienen cabida; solo hay lugar para una relación íntima y real. Se debe producir un desprendimiento y una despersonalización. El investigador deja de vivir su vida y vive la de su informante, solo así se podrá pensar como él, y enjuiciar como él. Este puente macizo de afectos y dependencias nos permite llegar a la conciencia colectiva, al nosotros. Dice Pritchard (citado por Barnet) que el investigador ha fracasado si en el momento de despedirse de su informante no existe en ambas partes la pena de la partida.

A un lado del personaje siempre debe haber un profundo y serio conocimiento de su época, esto es fundamental. Revisar archivos, epistolarios, libros de viajes, documentos, periódicos, fotografías, etc. Y sobre todo, otras "fuentes vivas": coetáneos del personaje, que nos sirven para confirmar o contradecir.

Nuestra principal herramienta de trabajo debería ser la grabadora, ya que además de facilitarnos la tarea, registra todo aquello que queremos y no queremos saber, marcándonos el ritmo y la secuencia de la narración. Fenomenal sería si integramos a esto la magia del video.

Una vez que tenemos todo el material en la mano viene la fase de organización, clasificación y redacción que es la parte central del trabajo, criticar los materiales, desglosarlos y tomar posición frente a ellos. Debemos seleccionar lo básico para revelar la verdad que queremos demostrar. No hay que olvidar que el investigador busca documentar o describir la época, enjuiciarla. De ahí la necesidad e importancia de tomar posición con nuestro informante. Esto no quiere decir estar de acuerdo con todo lo que el nos dice, sino

simplemente integrarse a sus valores para conocer la época y después buscar los juicios opuestos, otros puntos de vista.

El material final deberá ser elástico, ágil y didáctico: "Debemos superar la sociología, el didacticismo, con personajes que encarnen su época, que provean de esquemas permanentes a la historia y que sepan apropiarse del mundo, apropiándose de la realidad inmediata. Aun cuando nuestros modelos estén muertos, sean reflejo de un pasado diluido y remoto, nuestros personajes como tales deben permanecer, sobrevivir a su tiempo. Deben servir como hitos para un futuro nuevo y distinto" (Barnet, 1983).

Alegato final

Las fuentes escritas y orales no son excluyentes, tiene características comunes y funciones autónomas y específicas que solo cada una de ellas puedan cubrir, por eso las fuentes requieren instrumentos de interpretación diferentes y específicos. El desprecio por la historia oral tiene un punto de partida en su interpretación:

La primera observación que se le hace es su origen, lo oral nos habla de personas o grupos sociales analfabetos, cuya historia o está distorsionada o ausente en la historia escrita.

La segunda cuestión toca directamente su contenido: La vida cotidiana y la cultura de esos grupos sociales.

Una tercera crítica que se le hace a las fuentes orales es su "credibilidad". Los historiadores tradicionales generalmente aceptan la "credibilidad" de los hechos históricos como un monopolio de las fuentes escritas, pero muchas veces éstas han sido realizadas con procedimientos o criterios que nada tienen de científicos y casi siempre un fuerte sesgo clasista. No hay fuentes orales falsas. La diversidad de la historia oral en que las de- claraciones "falsas" son psicológicamente "verdaderas"; la importancia del testimonio radica, a menudo, en que nos dice menos de los sucesos que de su significado. La divergencia de los hechos -donde aparece lo simbólico, los deseos, la imaginación-no revelan más que los recuentos exactos de los hechos.

Otro prejuicio, es la insistencia en que las fuentes orales siempre están distantes del momento histórico que se relata y por lo tanto conllevan distorsiones originadas por la "memoria defectuosa". De principio hay que aclarar que siempre hay un lapso de tiempo entre el hecho y su registro, aunque solo sea el necesario para escribirlo. Por lo tanto los historiadores frecuentemente utilizan fuentes escritas que fueron redactadas poco o mucho después del momento histórico. Esto vale también para las fuentes orales, pero no invalida su confiabilidad. Algunos investigadores creen que lo escrito es inmutable,

pero lo escrito antes fue experimentado o visto y estuvo sujeto a distorsiones antes de ser escrito. Por lo tanto se le debe aplicar la misma reserva que a la fuente oral.

Un elemento de gran valor, que las fuentes imponen a la historia -y que ninguna fuente posee en igual medida- es la subjetividad del informante. Esto nos permite conocer no solo lo que la gente hizo, sino cómo lo quisieron hacer, lo que creyeron estar haciendo y lo que ahora piensan de lo que hicieron. La subjetividad es asunto de la historia, tanto como los hechos visibles. Lo que el informante cree, es verdaderamente un hecho histórico, tanto como lo que realmente sucedió.

Otra aportación importante es que los informantes por el hecho de no tener acceso a la escritura han reforzado sus técnicas de la memoria. En este sentido siempre hablan desde el interior de una tradición colectiva y conservan la memoria histórica del grupo más allá de la individualidad histórica de sus miembros. Además no hay que olvidar que estas fuentes orales no son completamente ajenas a la escritura.

Las fuentes orales no son objetivas, es cierto, pero esto se aplica a cualquier otra fuente, lo que sucede es que la "santificación" de la escritura a veces nos conlleva a olvidarlo. Esta no objetividad en las fuentes orales radica en sus tres características más importantes: ser artificiales, variables y parciales.

Son artificiales en la medida que siempre son el resultado de una relación, de un proyecto hasta que un investigador la da vida. Son variables porque el testimonio nunca será el mismo dos veces. Así mismo es imposible agotar la memoria completa de un solo informante, de ahí que la historia oral sea siempre un proceso inacabado y parcial.

Por último, a diferencia del documento escrito, la fuente oral envuelve todo el relato con su subjetividad; los informantes son historiadores y el historiador es parte de la fuente. Así la historia oral cambia la forma de escribir, el narrador ya no es más un observador distante e imparcial; sino uno de los personajes y la manera de contar la trama, es ahora parte de la historia que está siendo contada. El investigador se involucra directamente y cada vez juega menos el papel de intermediario entre el lector y el personaje, para convertirse en protagonista. Así la imparcialidad que reclama la historia tradicional, es sustituida por la parcialidad del narrador. La historia oral nunca puede ser contada sin tomar posición, ya que la posición existe dentro del relato.

Los relatos de vida son por lo tanto, un medio para ir al encuentro de la historia social de las llamadas culturas populares que tienen la palabra

como su elemento de cohesión social fundamental, pueden constituirse en un puente entre la historia y tradiciones orales y la historia escrita.

La versión biográfica de una historia particular constituye en sí misma un acto de re-escribir la historia, subvertirla, de enriquecerla con todos los rasgos de identidad aportados por el individuo.

La historia social, como historia totalizadora de una época, debe aspirar también -nutriéndose de las historias particulares y cotidianas de los individuos- a elevarse a la categoría de una novela total, tan abrumadora y vibrante como nuestras propias vidas.

Los relatos de vida pueden ser un arma contra la alineación del mundo moderno, aportando experiencias personales para pensar un pasado en función de un presente y futuro, donde el individuo no deba sucumbir ante una voluntad de la necesidad colectiva. Por el contrario, a corto plazo los relatos de vida son para la sociedad misma un instrumento de rescate cultural, de revalorización personal y al mismo tiempo de profunda identidad colectiva.

Parafraseando a Agnes Heller (Historia y Vida Cotidiana, 1985) la historia en sí misma está constituida por la vida cotidiana, una vida compuesta tanto de rasgos generales de la especie humana, como de rasgos parciales, es decir, los rasgos que aportan las vivencias de cada individuo de la sociedad.

44

BIBLIOGRAFÍA

BARNET, Miguel

1983 La Fuente Viva. La Habana, Letras Cubanas

1986 La Vida Real. La Habana, Letras Cubanas.

GONZÁLEZ, Luis

1968 Pueblo en Vilo. México, COLMEX

GUERRA, Ramiro

1974 Mudos Testigos. La Habana, Edit. Ciencias Sociales.

HELLER, Agnes

1985 Historia y Vida Cotidiana. México, Edit. Grijalbo.

PONCE JIMÉNEZ, M. y BAEZ LANDA, M.

"Relatos de vida; Historia, Etnografía y Novela", CHRISTUS (México) (16)

PORTELLI, Alessandro

"Peculiaridades de la Historia Oral" CHRISTUS (México) (16)